

UN VOLUNTARIADO EN BENÍN,

por Juan López-Dóriga.

Siempre he querido tener la oportunidad de hacer un voluntariado, y más en África. A principios de Febrero, una vez acabados los exámenes y con todo el tiempo del mundo para pensarlo, conseguí cumplir mi deseo con *Fundebe*, la fundación encargada de los voluntariados de verano en Benín y de la construcción de un Colegio en la región de Nikki. Nuestros objetivos allí eran varios: conocer a fondo el país, su cultura y sobre todo tomar conciencia de sus necesidades y hacer algo de turismo de concienciación para conocer la cooperación y la ayuda, aparte por supuesto del trabajo que íbamos a realizar en el colegio y en las demás zonas que íbamos a visitar.

Llegado el 15 de Julio, nos presentamos a las 4:30 de la madrugada en el “Adolfo Suárez”. Ese día no dormimos nada, tan solo un par de horas. Serían los efectos del primer *malarone* o los nervios, quién sabe. Nos reunimos en el aeropuerto todo el grupo de *Fundebe*, en total 28, junto con el grupo que iba también a Benín del colegio Mater Salvatoris. Facturamos las miles de cajas y maletas que llevábamos y pusimos rumbo a Bruselas donde hicimos escala durante unas horas. Allí, no solo aprovechamos el tiempo para jugar un rato a las cartas y para mentalizarnos de nuestro próximo viaje, sino también para comer la última hamburguesa de los próximos 25 días. No importa que fuera a las 6:30 de la mañana, siempre sabe igual de bien.

Llegamos a Cotonou, la ciudad más poblada de Benín, sobre las 20:30 horas. El aeropuerto, basado en un par de cintas transportadoras y dos o tres policías, nos introducía ya un poco en la experiencia que no había hecho más que empezar. Salimos a la calle y la humedad nos invadió por completo. Fue entonces cuando el grupo del Mater puso rumbo a Kalalé, una región al noroeste del país, mientras que nosotros nos dirigimos a Porto Novo, la capital de Benín.

Allí pasamos la noche en la famosa “Casa de España”. Al día siguiente a las 9:00 salimos dirección Ouidah, donde residiremos con las religiosas Agustinas, no sin antes haber desayunado la mítica media barra de pan con mantequilla y mermelada, que más adelante irá derivando en pan con aceite y azúcar o con miel.

Aquí comienza la primera etapa del voluntariado con niños discapacitados físicos y mentales, así como algunos niños huérfanos que también vivían allí. Será sin duda una de las etapas más duras y gratificantes. Viajamos a Ouidah, ubicada a unos 80 km de Porto Novo, por lo que lo lógico sería pensar que tardaríamos a lo sumo una hora y media, pero no, tardamos unas cuatro o cinco. Y no fue por ninguna razón extraña. Felician, nuestro conductor del autobús que nos llevó por todo Benín, iba incluso demasiado rápido, por lo que todo se debía a las carreteras de tierra rojiza que había a lo largo y ancho del país, a veces inundadas, a veces llenas de motos literalmente. Pero estoy seguro que no hubiera sido lo mismo sin esas carreteras llenas de socavones que tanto cariño les acabamos cogiendo. Llegamos a la residencia de las hermanas Agustinas, comimos, y enseguida conocimos a todos los niños que vivían ahí. Estuvimos jugando con ellos, conociéndoles y enseñándoles alguna que otra típica expresión española. Procuramos organizarnos para que cada uno de nosotros tuviera una tarea o algo que nos caracterizase, eso sí, las expresiones españolas corrían siempre a cargo del mismo: Ignacio Cervera. Pasamos la tarde allí, cenamos, y nos dirigimos a una casa en el campo cerca de la residencia de las religiosas. Allí dormiríamos varias noches en colchones en el suelo y con apenas agua para ducharnos. Tan solo un hilillo de agua caía de la ducha de la casa. Era duro ya que la mayoría de nosotros no tenía mucha experiencia tratando con niños discapacitados. Pero en seguida nos dimos cuenta que hagas lo que hagas, les arrancabas siempre una sonrisa. Te dabas cuenta que Dios estaba ahí, que cuidaba de ellos, de los más desfavorecidos. Por eso fue sin duda una de las etapas más gratificantes y productivas de todo el viaje.

Una vez acabada nuestra labor en Ouidah, pusimos rumbo a Nikki, al noreste de Benín, donde se encontraba nuestro colegio “Nuestra Señora del Carmen”.

Allí pasamos la mayor parte del voluntariado, con todos los niños que fueron a aprender al colegio. Nuestra residencia allí fue la nueva casa de voluntarios construida este mismo año y que nosotros estrenamos. Esta etapa del viaje fue la más divertida y la más trabajada. Si tuviera que hacer un resumen de nuestra estancia en el colegio diría dos palabras: unidad y felicidad. Unidad porque éramos un equipo coordinado y dispuesto a lo que se nos pusiera por delante, entre otras cosas las duchas. Suena gracioso pero las duchas han sido una parte fundamental de nuestro viaje ya que, al no haber agua para todos, tuvimos que organizarnos para ir a por agua a un pozo alejado del colegio. Era toda una odisea. Mientras que las chicas iban al pozo a rellenar sus botellas de agua discretamente, los chicos íbamos en traje de baño con la toalla, las chanclas, el gel y el champú. La cara de la gente que nos miraba desde el borde de su casa la recordaré siempre. Era vernos y empezar a reírse, normal, no habían visto a un *bature* (blanco en su idioma) en su vida, y menos en traje de baño con el champú en la cabeza. Pensábamos que era más cómodo ducharnos directamente en el pozo donde todas las familias acudían a sacar el agua. Fue sin duda un punto de inflexión en el voluntariado ya que de verdad nos dimos cuenta de la cantidad de necesidades que hay en África y de la cantidad de facilidades que nosotros tenemos en España y la suerte que tenemos, de lo que tenemos que valorar cada una de las pequeñas cosas buenas que tengamos en casa, la universidad, ropa, una buena ducha, y miles de cosas más.

Así poco a poco nos fuimos organizando cada vez mejor. Nos repartíamos las tareas de la casa como fregar desayuno o comida o cena, fregar cuartos de baño, limpieza general de la casa, etc. Otra tarea no tan valorada como se debería fue la de quemar la basura de la que yo en concreto me encargaba. El primer día aproveché para hacer una pequeña fogata y no quedó mal, así que desde entonces, todas las noches nos reuníamos unos cuantos por la noche alrededor del fuego para contarnos nuestras cosas, tocar la guitarra y contar algún que otro chiste malo. Durante el día, trabajábamos en el colegio dando clases de matemáticas, francés, música y manualidades. Otros, los estudiantes de medicina, trabajaban en el hospital de Nikki. Pero su labor no se quedaba solo en el hospital, también en casa: cada día nos curaban las heridas que por

una cosa o por otra nos hacíamos los demás voluntarios. Sin ellas, ninguno de los voluntarios hubiéramos estado tan seguros. Las clases de francés eran especiales, muchos niños no lo hablaban y te comunicabas con ellos a base de gestos y dibujitos, el idioma era lo de menos. Pero nuestra labor allí también consistía en hacer juegos con ellos, montar y organizar la casa de voluntarios, el dispensario, limpiar las clases del colegio y arreglar el campo de fútbol. Cumplimos con todo menos con esto último. De hecho empezamos arreglarlo y no solo no lo hicimos, sino que lo dejamos peor de lo que estaba. Pero lo importante es que eso no impidió que pudiéramos jugar partidos y partidos con los chicos en ese campo.

Ya el 26 de Julio, fuimos a visitar al alcalde de Nikki para charlar un rato con él y poder preguntarle todo lo que quisiéramos acerca de Benín y en concreto de Nikki. Romain, el “organizalotodo” del Colegio en el mes de Julio, nos acompañó también a la charla con el alcalde y aprovechó para invitarle a la casa de voluntarios a cenar. Todo indica que le caímos bien en aquella cena ya que nos invitó insistentemente al desfile de la fiesta nacional de Benín. Esa semana, continuamos con los trabajos habituales que realizábamos en el colegio y el 2 de Agosto fuimos de excursión al colegio del Mater en Kalalé. Allí nos encontramos con todo el grupo y comimos y tuvimos misa con ellos. Nos enseñaron el colegio y las nuevas construcciones que estaban haciendo y regresamos a Nikki. Al día siguiente pusimos rumbo a Natitingou, en el noroeste del país. Aquí nos alojamos en una residencia de las monjas panameñas que con tanto cariño nos acogieron. Cenamos y nos acostamos tras el largo viaje que realizamos durante el día.

A las 5:00 de la mañana del día siguiente, nos dirigimos al Parque Nacional de Pendjari. Nos dividimos en dos furgonetas para realizar el safari por el parque, en el que vimos desde búfalos hasta antílopes, pasando por cocodrilos, babuinos y monos de todos los colores. Fue uno de los planes más divertidos y apetecibles del viaje ya que, en mi caso, nunca había hecho un safari y menos subido en el techo de una furgoneta con otras diez personas. Toda una experiencia.

De vuelta a Natitingou, visitamos el hospital que las monjas panameñas coordinaban y que estaba enfrente justo de su residencia. Pero el sitio más bonito que visitar estaba aún por llegar: las Cataratas de Tanongou. Era lo más parecido a la selva, todo lleno de vegetación frondosa y clima húmedo como todo Benín. O llevábamos todo preparado, con el traje de baño puesto, las cámaras de fotos, etc. Nos bañamos y dimos una vuelta con Felician como guía.

Pero fue el 6 de Agosto cuando empezamos la última etapa del voluntariado. Nos dirigimos a Porto Novo a la casa España. Sin dejar pasar más tiempo, nos fuimos a la playa del Grand Popo, en Ouidah, donde pasamos el día más descansado del viaje como es de imaginar. Llegamos a la playa, visitamos el monumento de la Puerta de los Esclavos y llegó la sorpresa del viaje: la comida que nos esperaba en un chiringuito en la orilla de la playa. Pocos sitios tan bonitos y tan agradables recordaré siempre, no solo por la playa de arena blanca tan grande que había, sino por lo bien que nos supo a todos la comida. La comida podría ser un tema aparte. Es verdad que el arroz estaba a la orden del día, pero lo bien que comíamos en Nikki no lo imaginábamos ninguno en España antes de viajar a Benín: tortilla de patata, macarrones con tomate y bechamel, ensaladilla rusa y demás cosas típicas.

Y la última noche en Benín fue la más especial, una buena despedida. El Padre Aurelio nos tenía preparada una fiesta sorpresa, en la azotea de la casa en Porto Novo. Altavoces de un metro de alto, dj's, refrescos y los míticos cacahuets benineses, una fiesta en toda regla. Lo único fue la falta de sueño del día siguiente, el día del viaje a Madrid, pero teníamos todo el viaje de noche para poder dormir.

En definitiva, este voluntariado ha sido la mejor experiencia de mi vida y que sin duda estaría dispuesto a repetir. Ya echo de menos todos esos niños que corrían por la calle para saludarnos al grito de "¡Bature, bature!", esos niños de los que tanto aprendí día a día, que te enseñan a crecer como persona, a hacerte grande sin dejar de lado las pequeñas cosas, a ser feliz en cada momento de tu vida. Se echan de menos esos desayunos llenos de gente, esos

trajes tan coloridos que llevaba la gente, el olor, la humedad... Gracias África,
te debo una.